

FRAY ANTONIO DE GUEVARA Y EL ORIGEN DE LAS MUJERES: HISTORIA Y DIDACTISMO

EMILIO BLANCO

Universidade da Coruña - SEMYR

La obra de fray Antonio de Guevara ha atraído en distintos momentos la atención del profesor Márquez Villanueva.¹ Desde el *Libro áureo de Marco Aurelio* hasta los tratados de carácter ascético, pasando por las divertidas *Epístolas familiares*, pocos estudiosos del franciscano han demostrado un interés tan amplio en todas las facetas de la obra de este autor renacentista, que gozó de tan inmenso éxito en su tiempo como de olvido en etapas posteriores.

El *Libro áureo de Marco Aurelio* es, casi con toda seguridad, el primer escrito del minorita, y sin duda el primero publicado, en 1528. Si hay que creerle, la estampa del volumen se hizo contra su voluntad, pues él andaba por aquellas fechas enfrascado en una segunda redacción de esta obra, en la que el contenido anecdótico y novelístico se adelgaza en favor de los agregados morales hasta eliminar casi por completo la trama argumental de la vida del Emperador romano y convertir el texto en un peculiar tratado pedagógico.² Comoquiera que fuese, lo cierto es que el *Libro áureo de Marco Aurelio* fue en buena medida la presentación de fray Antonio en la sociedad literaria del momento. Presentación envidiable donde las haya, en un Renacimiento ávido

1. Francisco Márquez Villanueva, "Marco Aurelio y Faustina", *Ínsula*, 305 (abril, 1972), pp. 3-4 (recogido también en las *Actas del IV Congreso Internacional de Hispanistas*, Salamanca, Universidad, 1982, vol. II, pp. 221-228); "Fray Antonio de Guevara o la ascética novelada", en *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*, Madrid, Alfaguara, 1968, pp. 15-66; "Fray Antonio de Guevara y la invención de Cide Hamete", en *Fuentes literarias cervantinas*, Madrid, Gredos, 1973, pp. 183-257; "Crítica guevariana", *NRFH*, XXVIII (1979), pp. 334-352; "Las Comunidades y su reflejo en la obra de Guevara", en *V Simposio Toledo Renacentista*, Colegio Universitario de Toledo, 1980, vol. II, pp. 171-208; *Menosprecio de corte y alabanza de aldea (Valladolid, 1539) y el tema áulico en la obra de fray Antonio de Guevara*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 1998, 2 vols. (el segundo corresponde con la edición facsímil del *Menosprecio de corte*).

2. Vid. Emilio Blanco, "Las dos redacciones de la vida de Marco Aurelio", *Archivo Ibero-Americano*, LIII, 209-212 (1993), pp. 17-66.

de novedades sobre la Antigüedad, que catapultan el *Marco Aurelio*, como se le conoce habitualmente, a un puesto destacado en las listas de los *best-sellers* del primer Renacimiento: al menos siete ediciones en los cuatro primeros años de vida impresa, amén de manuscritos y los impresos que vendrán después.³ El resto de la obra de fray Antonio será deudora para siempre de estos exitosos comienzos, por otra parte algo oscuros.

El *Libro áureo* consta de dos secciones claramente diferenciadas: lo que en la época se denominaba un primer “libro” –y que hoy llamaríamos ‘parte’– que narra en cuarenta y ocho capítulos de forma un tanto novelera la vida del Emperador romano, a la que seguía una segunda parte (el “libro segundo”), que incluía dieciocho o diecinueve cartas (según versiones) del mismo Emperador a familiares y amigos. Estas cartas, o “letras”, según denominación de la época, fueron responsables en gran medida de su éxito inicial, y a su fama difícilmente pudo sustraerse el pobre franciscano en lo que le restó de vida: el molde de la epístola se refuerza al integrarse en el discurso histórico-moral del *Relox de príncipes* y de la *Década de Césares*, y no desaparecerá en ninguna de las obras posteriores, llegando en algún caso a constituir una colección completa al estilo de los humanistas: las *Epístolas familiares*, publicadas entre 1539 y 1541.

De entre esas cartas del *Libro áureo*, si algunas contribuyeron en mayor medida a la fama inicial del minorita, fueron sin duda las que el Emperador supuestamente dirigió a varias mujeres romanas, que se han venido llamando “las ‘cartas de amores’ del *Marco Aurelio*”.⁴ Y ello a pesar de la renuencia del autor, que nunca negó haberlas compuesto, aunque sí confesó haberse arrepentido de “traducirlas”, eufemismo que emplea para disfrazar su autoría, pues dichas epístolas nunca existieron en latín.⁵

3. Cfr. Keith Whinnom, “The problem of the ‘Best-Seller’ in Spanish Golden-Age Literature”, recogido en K. Whinnom, *Medieval and Renaissance Spanish Literature. Selected Essays*, eds. A. Deyermond et al., Exeter, Exeter Univ. Press, 1994, pp. 158-175, p. 165 para Guevara. Véase igualmente Rinaldo Frolidi, *Premessa al problema testuale del “Libro Aureo de Marco Aurelio” e del “Relox de principes” de Guevara e storia esterna del “Libro Aureo de Marco Aurelio”*, Bolonia, Tipografía B. Perini-Rovigo, 1971.

4. Así las rotuló Agustín Redondo, “Antonio de Guevara y Diego de San Pedro: las ‘cartas de amores’ del *Marco Aurelio*”, *BH*, LXXVIII (1976), pp. 226-239.

5. Lo reconoce en la “Letra para don Fadrique de Portugal, Arçobispo de Çaragoça y Visorrey de Cataluña, en la qual el auctor le embía una carta de Marco Aurelio, no de las cartas de amores, las quales muestra pena por averlas traduzido”, inserta en la primera parte de las *Epístolas Familiares* (Valladolid, Juan de Villaquirán, 1539), de donde extraigo el siguiente fragmento, bien conocido por otra parte: “Mil vezes me he arrepentido de aver romançado aquellas cartas de amores, sino que el conde Nassao y el príncipe de Orange y don Pedro de Guevara, mi primo, me sacaron de seso y me hizieron hazer lo que yo no quería ni devía. Siendo como yo era en sangre limpio, en profesión theólogo, en hábito religioso y en condición cortesano, bien escusado fuera a mí tomar officio de enamorado, es a saber: en pararme a escrevir aquellas vanidades o aquellas liviandades, por lo qual yo, peccador, digo mi culpa y mi gravíssima culpa, pues offendí a mi gravedad y aun a mi honestidad”.

Con respecto a estas cartas, hay que señalar que quizá el arrepentimiento de fray Antonio no haya sido más que una forma de manifestar el desacuerdo con la forma en que se entendieron. Y es que la composición de ese tipo de cartas era frecuente entre los humanistas.

Cualquiera de las ediciones de la *Historia Augusta* que pudo manejar fray Antonio para la documentación del ciclo de los Emperadores romanos, lleva inserto un discurso en latín del Emperador Helio Gábalo a las meretrices romanas que los editores modernos han rechazado por apócrifo y que ya en la época pasaba por ser obra de Leonardo Bruni Aretino. El texto latino, publicado por Erasmo en Basilea en 1518, se titula “Oratio Heliogabali romanorum imperatoris, habita in concione ad meretrices”, y se encuentra entre las páginas 432 (última del cuaderno O) y 433 (primera del cuaderno P): son dos hojas sin paginar, y con distinta signatura (una Ω), lo que lleva a pensar que se podían arrancar *ad usum Delphini* sin alterar la estructura de pliegos del volumen.⁶ Las cartas de fray Antonio apuntan, creo, en la misma dirección: son un divertimento del humanista para descansar del trabajo serio (la edición de textos, en el caso de Erasmo o de Juan Bautista Ignacio, la redacción de la crónica cesárea o de los tratados morales pseudo-históricos del franciscano).

De entre todas esas cartas dirigidas a mujeres romanas, las que han atraído más la atención son las cruzadas entre el Emperador Marco y algunas de sus amigas de juventud, como Livia o Macrina, y sobre todo a la prostituta Bohemia, de quien se incluye en el volumen una carta dirigida a un joven Marco que rompe la unicidad autorial del segundo libro.⁷ Con todo, hay una epístola que ha pasado relativamente desapercibida para la crítica. Me refiero a la que hace el número XIII del segundo libro del *Marco Aurelio*, “embiada por Marco Emperador a las enamoradas romanas porque, estando él en Rhodas, representaron dél una farsa en unas fiestas en Roma”.

Conviene señalar que, al igual que sucede con las misivas enderezadas a Bohemia, Macrina o Livia, la carta XIII no fue escrita por Marco Aurelio cuando ya era emperador, sino que corresponde a una etapa anterior de su vida, cuando se desempeñaba

6. Así en el ejemplar titulado *Ex recognitione Erasmi*, Basilea, Froben, 1518 (BNE R-20.892), que contiene, amén de la citada *Historia Augusta*, obras de Suetonio, Amiano Marcelino, Sexto Aurelio Víctor, Paulo Diácono y Eutropio. Puede leerse también, con el mismo título, en el conjunto de autores editados por Aldo en Venecia en 1519 (BNM R-26449), fols. 275^v-280^r. El comentario del editor, Juan Bautista Ignacio, sobre este discurso puede verse en los folios 75-76.

7. Son las cartas XIV-XVIII del segundo libro de *Marco Aurelio* (cito por *Obras completas de fray Antonio de Guevara, I, Libro áureo de Marco Aurelio. Década de Césares*, ed. Emilio Blanco, Madrid, Biblioteca Castro-Turner, 1993. Todas las citas se hacen por esta edición). Conviene notar que todas estas epístolas van firmadas por un joven Marco Aurelio, que aún no ha accedido al cargo de Emperador: la que cruza con Bohemia (XIV) data de su etapa como pretor romano; la XVI va enderezada a Macrina, doncella romana; las número XVII y XVIII, a Livia, y las firma “Marco, vezino de Roma” (p. 318). Tan sólo la carta XV la firma un personaje distinto de Marco Aurelio en toda la colección, la ex prostituta Bohemia.

como orador en Rodas. Significativamente, y en contra de lo que suele suceder en otras cartas, donde el *exordium* que viene tras la *salutatio* destina algunos párrafos a la *captatio benevolentiae* usual en este tipo de productos literarios, aquí Marco elimina el exordio para pasar directamente a la *narratio*, cuyo comienzo transcribo íntegro por su interés y por lo poco conocido de la carta:

Acá me han escripto que en la fiesta de la madre Bereçinta, todas vosotras iunctas representastes una comedia, en la qual posistes por ordimbre mi vida y por discante mi fama. Dízenme que Abilina la compuso, Lucia Fulvia la escribió, tú, Toringa, la cantavas, y todas iunctas en el theatro la representávades. Sacásteme pintado de muchas maneras: con un libro en la mano al revés, como philósopho fingido; con la lengua muy sacada, como parlero atrevido; con una corça en la cabeça, como cornudo público; con unas hortigas en la mano, como a enamorado tibio; con una vadera caída, como a capitán covarde; con media barba hecha, como hombre fementido; y con un paño en los ojos, como nescio condenado. Y no contentas con esto, sacástesme otro día con otra invención nueva. Hezístesme una estatua, los pies de paja, las espenillas de alambre, las rodillas de madera, los muslos de cobre, el vientre de alcornoque, los braços de pez, las manos de massa, la cabeça de yesso, las orejas de asno, los ojos de bívora, los cabellos de rayzes de parra, los dientes de gato, la lengua de escorpión y la frente de plomo, en la qual estavan esculpidas en dos ringlones estas letras: “N. H. T. M. S. Q. M. V. S”, las quales a mi paresçer quieren dezir esto: “No tiene tantos metales la estatua quantos doblezes su vida”. Y después de hecho esto, fuiste al río y allí la tuvistes cabeça abaxo colgada un día entero, y si no fuera por la señora Messalina, pienso que hasta oy estuviera allí colgada (p. 295).

Así las cosas, no es de extrañar que el orador Marco se salte el *exordium* y prescinda de granjearse la voluntad de sus corresponsales, como hace habitualmente en sus otras cartas. El motivo de esta es responder a otra que le han enviado las damas mencionadas más arriba en señal de desagravio. Además de las disculpas, las enamoradas le plantean una pregunta: “y es si he hallado en mis escripturas de qué y para qué, adónde y cuándo, quién y cómo se hicieron las primeras mugeres” (p. 296). Ya está aquí formulada la *quaestio* humanista, que fray Antonio explotará hasta la saciedad en sus *Epístolas familiares*: el amigo o conocido que le escribe para pedirle que le resuelva alguna cuestión relativa a la Antigüedad. Tras algunas explicaciones sobre la forma en que le han planteado la consulta, y la aclaración de que no se dirige en su respuesta a las señoras honestas, sino a las malas mujeres, el franciscano pasa a declarar el origen de la mujer. Comienza aclarando que la cuestión es compleja, porque en función de la diversidad de las naciones que hay en el mundo está también la de las opiniones que se encuentran. Él se centra fundamentalmente en dos teorías, la de los egipcios y la de los griegos. Cada exposición, sumamente breve, da paso a una larga diatriba antifeminista, de unas tres páginas en cada caso, para concluir con un ataque *ad hominem* (en este caso, obviamente, *ad mulieres*) en que saca los colores a cada una de las que le infamaron en la farsa.

Vayamos al caso. Aunque la sustancia de la carta es realmente el contenido moral sobre las malas mujeres, la cuestión que da origen a la *narratio* es meridianamente clara, y de clara raigambre humanista. Preguntarse por el origen del hombre y sus instituciones y costumbres está en los comienzos del Humanismo, como se viene señalando desde Burckhardt, y como testifican bien los libros misceláneos del Renacimiento, desde el conocido de Virgilio Polidoro, *De inventoribus rerum*, hasta otros que no lo son tanto como los *Dies geniales* de Alessandro d’Alessandri.

Fray Antonio va un paso más allá y, no contento con plantearse el origen del hombre, se plantea el de la mujer. Transcribo a continuación las tesis enunciadas por el franciscano:

Los Eypçios dizen que, quando el río Nilo se sale de madre y riega su tierra, que quedan muchas tierras hechas çenagales y que, sobreviniendo el calor, se crían muchas savandijas, y que allí entre ellas fueron halladas las primeras mugeres (p. 296).

Dexada la opinión de los eypçios, vengamos agora a la de los griegos, los quales dizen que en los desiertos de Arabia el sol muestra más la fuerça de su calor, y que en el prinçipio apareció allí una muger sola y una ave Phénix sola, y que el ave fue criada del agua, y la muger del gran calor del sol y de la carcoma de los árboles de esta manera: que, estando un árbol muy carcomido, sobrevino un globo de fuego que le encendió, y assí del fuego y de los polvos de aquella carcoma quemada fue la primera muger hecha (p. 299).

Las versiones ofrecidas en el *Libro áureo de Marco Aurelio* son sorprendentes, sobre todo porque la explicación tradicional es la de la creación de Adán, tal y como aparece en el Génesis y corroboran los autores medievales, desde la *General Estoria* en adelante. Alfonso el Sabio, en su conocida obra, dedica el tercer capítulo de la primera parte a tratar “Dela fechura dell omne e del Parayso”, y la creación de la mujer llega en el capítulo siguiente: “De que fue fecha la mugier et cuemo”, conforme al relato bíblico:

Estonces metio suenno enel [en Adán] en Parayso e adormeciol; et el durmiendo tomol una delas costiellas, e enchio de carne el lugar donde la tomara, e fizo de aquella costiella la mugier; et desi aduxo la a Adam e mostrogela...⁸

La explicación de por qué quiso Dios que Eva naciese de la costilla de Adán y no de la tierra se encuentra en varios lugares, como, por ejemplo, en el *Lucidario*. Allí el maestro explica cumplidamente al discípulo las causas:

8. Alfonso el Sabio, *General Estoria*, ed. Antonio García Solalinde, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1930, vol. I, pp. 5-6.

Mas quiero que sepas aqui en este lugar una cosa, que todas las cosas que Dios fizo en todas cato el dos tienpos: el tiempo presente, que quiere dezir el tiempo de luego en que omne esta; e desi, el segundo, de adelante, en que a de acaesçer las cosas que han de venir. E catando el estos tienpos, quiso el fazer quatro generaciones, que fuesen departidas la una de la otra generaçion segund te agora dire. La primera fizo a Adam que no ouo padre nin madre, que en lugar de padre ouo a Dios quel formo e crió; e por madre ouo la tierra de que fue fecho, pues ya ves que esta primera generaçion fue sin padre e sin madre. La segunda fue Eua que quiso que nasçiese de Adam e non ouo madre sinon que obo Adan por padre de que fue fecha, pues vees que la segunda generaçion fue de padre e sin madre...⁹

En la misma obra, algo más adelante, se le explica al discípulo de cuál de los dos costados sacó Dios la costilla con que formó a Eva (que, obviamente, salió del lado izquierdo, con todas sus connotaciones negativas).¹⁰ Se trata, pues, de la clásica versión bíblica, mezclada o no con distingos de teología que puede ser más alta o más baja, según casos, pero que no varía en sus líneas esenciales. Bien es verdad que en la misma obra se expone la posibilidad de que algunos animales nazcan del limo:

Tu deues saber que todas las criaturas que viuen, asi las que guaresçen sobre tierra como las que viuen [so] tierra, e que viuen en el ayre e en el mar, e en las auguas, todas son fechas de tres naturas las quales son estas: la primera es generaçion engendrada de padre [e de madre]; la segunda generaçion es que se faze de corrompimiento de la tierra; la tercera generaçion que se faze de corrompimiento de las auguas en que se faze de limos viscosos de que se engendran animalias de aquella natura que son pescados mariscos (cap. lxii, p. 231).

Parece, pues, que existe en los textos la posibilidad apuntada por Guevara, pero no para el hombre, cuya generación obedece, una vez más, a los patrones bíblicos conocidos, según se aclara inmediatamente.¹¹ A la altura del siglo XIV, don Juan Manuel insiste todavía en ese origen canónico en su *Libro de los estados*:

Mucho gradescio a Dios, señor infante —dixo Julio—, pues todas estas cosas creedes, [et] desde aquí adelante vos diré lo que entendiere que cumple para las razones que me avedes preguntado.

9. Cito por la versión recogida en *Los lucidarios españoles*, ed. Richard P. Kinkade, Madrid, Gredos, 1968, cap. XIX, pp. 120-123.

10. *Ibid.*, cap. XXXVI, pp. 167-168.

11. “E por ende, tu deues saber que todas las animalias que sobre tierra viuen e so tierra, que son engendradas de padre o de madre, que todas han quatro pies e non mas; e esto es a semejança del omne que Dios ordeno que ouedesçiesen, que desde Adan, que fue el primero, afueras, todos los otros nasçieron de padre et de madre” (p. 231).

Vós, señor infante, devedes saber que, quando nuestro señor Dios crió el mundo et fizo Ádám et a Eva, quel dio por compañera et por muger para que engendrarse et que se poblase el mundo, que lo[s] fizo muy conplido[s], así que ninguna de las passiones et menguas que los omnes oy avemos non avien ellos a sentir ninguna, mas ellos et todos los que dellos viniessen, avien a bevir en el paraíso terrenal, sin pesar et sin mengua.¹²

Se refiere a continuación toda la historia del *Génesis*, con el celeberrimo episodio de la “culuebra”, para concluir: “Et commo quier que esto digan los unos sabios et los otros...” (p. 129). Vale decir, pues, que para el hombre medieval el problema de la creación del hombre —y de la mujer— no admite duda alguna, y que las versiones españolas son monocordes, pasando todas por el relato genesiaco, del que no se apean en ningún caso. Por más que algunos colegas europeos puedan dudar en ocasiones, o al menos plantearse la posibilidad de que eso no sea la verdad, o al menos toda la verdad. Es lo que le ocurre a Pierre d’Ailly, quien en su *Tratado sobre el acuerdo entre la verdad astronómica y la narración histórica* recoge a pies juntillas todo lo relativo a las generaciones de Adán, no sin antes haberse planteado ciertas objeciones, que resuelve siempre a favor del cómputo eclesiástico. Los hechos que le llevan a objetar son: en primer lugar, que hay un desacuerdo entre los años del mundo y sus edades; en segundo lugar, que de los hechos anteriores al diluvio no hay historia o crónica que indique los años de manera diferenciada y concreta, dado que sólo tenemos la historia de Moisés; y en tercer lugar, que el mismo Moisés hizo un repaso breve de las generaciones y silenció muchos hechos hasta llegar a los tiempos de Abraham, que era lo que le interesaba¹³ (caps. II-III, pp. 237-239).

Creo que el texto de Pierre d’Ailly demuestra a las claras las bases medievales del pensamiento renacentista que señaló Paul O. Kristeller hace ya años, pero ilumina poco sobre el pasaje de fray Antonio. Y el caso es que el franciscano no se quedó solo en esta ocasión. Cristóbal de Villalón, en su *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente*, publicada once años después del *Marco Aurelio*, en 1539, relataba algo parecido a lo contado por el minorita:

Y assí, mostrando los egypcios la rudeza y rusticidad de aquellos primeros hombres, affirmaron auer sido engendrados del cieno y estiércol que el río Nilo dexaba quando después de la creciente se volvía a su madre; que entre aquellos ratones y sabandixas que con el sol y umidad nacían fueron criados los primeros hombres...¹⁴

12. Don Juan Manuel, *El Libro de los Estados*, eds. Ian R. MacPherson y Brian B. Tate, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 192), 1991, libro I, cap. XXXVIII, p. 127. Todas las citas remiten a esta edición.

13. Pierre d’Ailly, *Ymago Mundi y otros opúsculos*, ed. Antonio Ramírez de Verger, Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla - Sociedad Quinto Centenario - Alianza Editorial, 1992, caps. II-III, pp. 237-239.

14. Cristóbal de Villalón, *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente*, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1898, pp. 157-158.

Y Villalón no es el único. Ya a fines del siglo XVI, Juan Sánchez Valdés de la Plata, que saquea sin piedad las obras de Guevara en su *Corónica y Historia general del hombre en que se trata del hombre en común...*, recoge sin la más mínima duda la historia de la creación de la mujer referida en el primer libro guevariano.¹⁵ E incluso bien entrado el siglo XVII, en 1621, otro Cristóbal, Suárez de Figueroa, vuelve a repetirlo en una obra miscelánea, aunque ahora la versión se tiñe de cristianismo, con menciones a Dios y a la providencia:

Entonces, queriendo Dios restituir al género humano en el estado precedente, inunda o abraza la tierra, templándose por él, que es su motor, de tal suerte los movimientos celestiales, que cede el superior destino, concurriendo siempre a la divina providencia. Así regada la tierra, produce de nuevo humor, y se vuelve fecunda por el subsecuente calor del lucidísimo Planeta, o por el caer de copiosas lluvias, tras excesivas sequedades y largos ardores. Con esto no sólo se engendran y se reengendran pequeños animales, como los que comúnmente se veen, sino también otros mayores, naciendo de la tierra como de madre. Aplaudieron esta sentencia muchos egipcios, griegos y árabes.¹⁶

Más allá de las diferencias que separan a estos cuatro autores (y a algunos otros que aún se podrían traer en apoyo de las tesis citadas), todos ellos tienen en común su adscripción al Renacimiento, aunque sea de forma tardía, como son los casos de Sánchez Valdés de la Plata o de Suárez de Figueroa, quien sigue viviendo, casi un siglo después, de todos los tópicos puestos de moda por el humanismo.

Guevara y Villalón, los que se encuentran temporalmente más cerca del fenómeno humanista, tocan distintos palos de una misma baraja, bien que —ya va siendo hora de decirlo— uno lo hace en serio y otro, si no en broma, se enfrenta a la fuente con cierta libertad. Me refiero al interés por el hombre y su origen, y, más concretamente, a lo que Américo Castro llamó en su estudio sobre *El pensamiento de Cervantes* “la naturaleza como principio divino e inmanente”.¹⁷

Desde autores como Villalón —a quien Castro cita— hasta el Cervantes primerizo de *La Galatea* o el último del *Persiles*, se deja traslucir el pensamiento naturalista del Renacimiento, iniciado en Nicolás de Cusa y que ve el hombre como creación del “mayordomo de Dios, naturaleza”. No es extraño que en ese estado de espíritu,

15. Cito por el único ejemplar que conozco de esta obra (publicada en Madrid, por Luis Sánchez, en 1598, BNE R-6.442, fol. 3v).

16. Cristóbal Suárez de Figueroa, *Varias noticias importantes a la humana comunicación*, Madrid, Tomás Junti, 1621, fol. 26v. Nótese que en el fol. 27 Suárez desecha “todas estas disputas y jactancias de los pueblos como vanas y erróneas”, y se apunta al relato de la Escritura, “donde como se debe se trata la creación del mundo y de la generación humana”. Como había hecho antes el mismo autor en *La Constante Amarilis*, Valencia, 1609, pp. 168-169, donde se ya defendía la tesis bíblica.

17. Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*, ed. Julio Rodríguez-Puértolas, Barcelona-Madrid, Noguer, 1980, pp. 159 y ss.

los autores del XVI se lancen sobre la *Historia natural* de Plinio, auténtica mina de hechos e ideas nuevas, y que ve treinta y ocho ediciones entre 1469 y 1532.¹⁸

Parece, pues, que fray Antonio (como Villalón) es una figura más en esa carrera hacia la explicación natural del origen del hombre, aunque con ciertas matizaciones que haré luego. Porque primero habría que demostrar que el franciscano sigue alguna fuente fiable, antigua o moderna, que le permite afirmar ese peculiar origen de las mujeres expuesto más arriba. Y el Plinio mencionado por Américo Castro no dice nada en el libro VII de la *Historia natural*, cuando trata de la generación. ¿De dónde sacó, entonces, el franciscano el dato?

En la búsqueda de esa fuente, resulta tentador recurrir al mito de Pandora, tal y como lo expone Hesíodo en *Los trabajos y los días*. El relato es bien conocido: cuando Prometeo le roba el fuego a Zeus, este asevera que a cambio del elemento hurtado dará a los hombres un mal con el que todos se alegren de corazón, acariciando con cariño su propia desgracia:

Así dijo y rompió en carcajadas el padre de hombres y dioses: ordenó al muy ilustre Hefesto mezclar cuanto antes tierra con agua, infundirle voz y vida humana y hacer una linda y encantadora figura de doncella, semejante en rostro a las diosas inmortales.¹⁹

El resto es bien conocido. Las semejanzas se basan sobre todo en la presencia del barro en ambos relatos y en la misoginia latente en los dos autores (la mujer como causante de todos los males). Y es obvio que, tratándose de griegos, hay que pensar en el final del *Timeo* platónico, en el momento en que, tras haber explicado el lapso mediante entre la creación del mundo y la del hombre, se recuerda cómo nacieron el resto de los animales, y entre ellos las mujeres:

He aquí la exposición correspondiente. Todos los varones cobardes y que llevaron una vida injusta, según el discurso probable, cambiaron a mujeres en la segunda encarnación. En ese momento, los dioses crearon el amor a la copulación, haciendo un animal animado en nosotros y otro en las mujeres de la siguiente manera. Perforaron el conducto de salida de la bebida en dirección a la médula —que en la exposición anterior llamamos simiente y que se encuentra fijada a lo largo de la columna vertebral desde la cabeza y el cuello hacia abajo— allí donde evacua el líquido que ha recibido y que fue comprimido por el aire a través del pulmón y los riñones hasta la vejiga. La médula, tras ser animada y haber recibido una ventilación, infunde un deseo vital de expulsar el fluido al conducto por donde se ventila y lo hace un Eros de la reproducción. Por ello, las partes pudendas de los hombres, al ser desobedientes e independientes, como un animal que no escucha a la razón, intentan dominarlo todo a causa de sus deseos apasionados. Los así llamados

18. Tomo el dato de Castro, *loc. cit.*, p. 161.

19. Hesíodo, *Obras y fragmentos*, intr. y ed. Aurelio Pérez Jiménez y Alfonso Martínez Díaz, Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, 13), 1978, pp. 125-126.

úteros y matrices en las mujeres –un animal deseoso de procreación en ellas, que se irrita y enfurece cuando no es fertilizado a tiempo durante un largo período y, errante por todo el cuerpo, obstruye los conductos de aire sin dejar respirar– les ocasiona, por la misma razón, las peores carencias y les provoca variadas enfermedades, hasta que el deseo de uno y el amor de otro, como si recogieran un fruto de los árboles, los reúnen y, después de plantar en el útero como en tierra fértil animales invisibles por su pequeñez e informes y de separar a los amantes nuevamente, crían a aquellos en el interior, y, tras hacerlos salir más tarde a la luz, cumplen la generación de los seres vivientes. Así surgieron, entonces, las mujeres y toda la especie femenina.²⁰

El texto del *Timeo* aún se aleja más de la propuesta guevariana. Además, hay una fuerte objeción para aceptar este tipo de textos como fuentes válidas para Guevara: el franciscano desconfió siempre de los relatos mitológicos y fabulosos, según declara en no pocos lugares de su obra, etiquetándolos siempre como “ficciones” o “fábulas”, frente al relato historiográfico, que es el que pasa por verdadero.

Por eso también hay que descartar la posibilidad, muy remota, de que fray Antonio hubiese llegado a conocer la famosa novela del andaluz Abuchafar Abentofail (1110-1185), que se cita habitualmente como *El filósofo autodidacto*, traducido al hebreo y comentado ya en el siglo XIV por Moisés de Narbona, en cuya primera parte se plantea la posibilidad de que Hayy, el filósofo autodidacto, hubiese nacido bien de una princesa, bien por generación espontánea del limo:

Cuentan nuestros virtuosos antepasados que hay una isla en la India, situada bajo la línea ecuatorial, en la cual nace el hombre sin padre ni madre... [...] Los que opinan que [Hayy] nació sin padre ni madre, dicen: Que en el centro de esta isla existía una arcilla o tierra que había fermentado en el transcurso de los años, de manera que el calor y el frío, la humedad y la sequedad se habían mezclado en ella por partes iguales y con perfecto equilibrio de fuerzas. Era la fermentada una cantidad muy grande, y parte de ella superaba a la otra por la exactitud de la composición y por la disposición para formar los *humores seminales*. La parte central de aquella tierra era la más proporcionada y la que tenía un parecido más perfecto con el compuesto humano; al agitarse produjo, por causa de su viscosidad, unas burbujas, como las del agua que hierve. En el centro de ella apareció una burbuja pequeñísima, dividida en dos partes por una finísima membrana, y llena de un cuerpo sutil, aéreo, constituido exactamente según las convenientes proporciones...²¹

A partir de ahí se insufla la esencia divina y después se va formando el corazón y el resto del cuerpo. Hay algunas similitudes, pero las posibilidades de influencia son mínimas porque, hasta donde llegamos, fray Antonio no dominaba el hebreo,

20. Platón, *Diálogos. VI. Filebo, Timeo, Critias*, trads. María Ángeles Durán y Francisco Lisi, Madrid, Gredos, 1992, 91 C.

21. Ibn Tufayl, *El filósofo autodidacto*, ed. Emilio Tornero, trad. Ángel González Palencia, Madrid, Trotta, 1995, pp. 43 y ss.

por una parte, y la supuesta traducción latina de la versión hebrea realizada por Pico della Mirandola no pasa de ser una hipótesis.²²

Aún se podría elucubrar más sobre el detalle de que la generación espontánea de las mujeres se haya producido precisamente en el Nilo, pues no hay otro río que sea más fértil en opinión de todos los autores que tratan de cosas maravillosas, desde la Antigüedad hasta fines de la Edad Media.²³ Orosio, por ejemplo, en sus *Historias*, asegura al hablar de este río que verdaderamente engendra todos los motivos que se le han atribuido²⁴, lo que de algún modo podría haber dado pie a fray Antonio. Incluso ya en la antigüedad había bibliografía específica sobre el propio río, porque como recuerdan varios autores, Aristóteles había compilado un libro dedicado enteramente al Nilo, y más concretamente a sus inundaciones.²⁵

Pero tampoco hace falta recurrir exactamente al Nilo y alrededores para explicar el surgimiento del hombre. Un autor bien conocido por fray Antonio, Diógenes Laercio, recogía en sus *Vidas* las tesis de Arquelao, quien decía ser dos las causas de la generación, el calor y el frío. Lo razonaba de esta manera: el agua, cuya liquidez sale del calor, mientras está condensada produce la tierra, y cuando se licúa produce el aire. Por ello, el agua es conservada por el aire, y este por el movimiento del fuego. Los animales se engendran del calor de la tierra, que destila un limo semejante a la leche, que les sirve de alimento. Así fueron generados los hombres.²⁶

22. Véase la introducción de Emilio Tornero, p. 27.

23. La lista es inacabable. Doy sólo algunos casos: Arriano en la *Anábasis*, VIII, 6, 6; Heródoto en su *Historia*, trad. Carlos Schrader, Madrid: Gredos, 1977, II, 19-34; Lucano en *Farsalia*, X, 172-331; Plinio en la *Historia natural* (V, x, cap. 54 para las crecidas fertilizantes del Nilo, o VII, ii, 33, para el dato de que beber agua del Nilo es causa de fecundidad); Séneca en el libro IV de las *Quaestiones naturales*; Cicerón en *De natura deorum*, II, 130; Valerio Máximo, *Dichos y hechos de romanos y griegos*, trad. Hugo de Urriés, Zaragoza, Paulo Hurus, 1495 (BNE I-2343), fol. CCXXXVIr; San Isidoro, *Etimologías*, XIV, 3, 28; Boccaccio, *Genealogia deorum gentilium*, VII, 30, trads. María Consuelo Álvarez y Rosa María Iglesias, Madrid, Editora Nacional, 1983; el mismo Boccaccio, en *De montibus, silvis, fontibus, lacubus, fluminibus, stagnis seu paludibus et de diversis nominibus maris*, ed. Manlio Pastore Stocchi en *Tutte le opere di Giovanni Boccaccio*, a cura di Vittore Branca, Milano: Arnaldo Mondadori (I classici Mondadori), 1998, volume settimo-ottavo, tomo secondo, p. 1954: “Incole Nylum vocant propter limum quem trahit, et eo Egyptia arva fecundat”.

24. Orosio, *Historias*, intr., trad. y notas de Eustaquio Sánchez Salor, Madrid: Gredos, 1982, I, 2, 28-33.

25. Entre los romanos, véase Valerio Máximo, *Dichos y hechos de romanos y griegos*, fol. CCXXXVIr. Entre los modernos, por ejemplo Boccaccio, *Genealogia deorum gentilium*, VII, 30.

26. “Duas esse generationis causas asserebat, callidum & frigidum. Animalia de limo nata. Iustumque & turpe non natura constare, sed lege. Hoc autem ratione nitebantur. Lipientem calore aquam ubi ignis gignere, atque ideo illam quidem ab aere, hunc autem ab ignis levi facillique motu contineri. Gigni vero animalia ex terrae calore quae limum lacti simillimum ad escam eliquaverit, sic & homines natos” (Diógenes Laercio, *De vita et moribus philosophorum libri decem*, II, Arquelao, 1, Basilea, Valentín Curión, 1524, p. 52 BNE 2/21280).

Creo que, en el fondo, las cosas son bastante más simples, y que no hace falta recurrir a tradiciones míticas o islámicas para explicar este origen del hombre (o de las mujeres). Todos los españoles citados (salvo Sánchez Valdés de la Plata, que, como he dicho, sigue al propio Guevara), todos tienen en mente un pasaje de la *Biblioteca Histórica* de Diodoro Sículo, ya sea directamente, ya mediado por otras fuentes secundarias. Allí, tras los prolegómenos sobre la historia, la metodología, la cronología y el origen del universo, se aborda el comienzo de la humanidad según los bárbaros, no por creerlos más antiguos que los griegos, como quería Éforo, sino por voluntad del plan de la obra para no interrumpir más tarde el relato de la historia griega:

Pues bien, afirman los egipcios que, en el origen del universo primitivo, los primeros hombres se originaron en Egipto a causa del buen clima del territorio y de la naturaleza del Nilo. Este, fértil y poseedor de alimentos espontáneos, nutre fácilmente a los seres dotados de vida [...]. E intentan ofrecer como prueba de que la aparición de la vida en el principio se produjo entre ellos el que, aún ahora, el territorio de la Tebaida engendra, en algunas ocasiones, tantos y tales ratones, que quienes ven lo engendrado quedan estupefactos; algunos de ellos están ya conformados hasta el pecho y las patas anteriores, y adquieren movimiento, pero tienen el resto del cuerpo informe, permaneciendo todavía el suelo según su naturaleza. Por eso es evidente que durante la constitución del cosmos primitivo, una vez templada la tierra, el territorio de Egipto acogería con toda probabilidad el origen de los hombres; incluso ahora no se producen en ninguna otra tierra tales fenómenos, y sólo en esta se observan algunos seres dotados de vida de manera asombrosa. [...] según este razonamiento, conviene también atribuir a ese territorio el origen más antiguo de los seres vivos. Tras mezclarse las lluvias de los demás [*id est*, las lluvias de las montañas etíopes que desbordaban el Nilo cada año] con el calor originado entre ellos, es verosímil que el aire se engendrara bien atemperado para la primera aparición de vida de todos los seres primitivos. Incluso aún en nuestros tiempos, en el Egipto inundado, se ven especies de seres vivos claramente engendradas en los restos de agua: cuando, al realizar el río su descenso, el sol ha resecado el barro exterior, afirman que se crean los animales, algunos formados hasta el fin y algunos semifinalizados y fusionados con la misma tierra.²⁷

Fray Antonio, y todos los demás autores, difícilmente pudieron acceder al texto griego de la *Biblioteca Histórica*, pero sí a su traducción latina, que corría por Europa en buena compañía desde época incunable y que recoge el pasaje citado.²⁸

27. Diodoro de Sicilia, *Biblioteca Histórica, Libros I-III*, intr. y trad. Francisco Parreu Alasà, Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, 294), 2001, pp. 170-172.

28. *Lucianus de veris narrationibus et Diodorus Siculus*, “a Poggio florentino in latinum traducti”, Venecia, Philippus Mantuanus, 1493 (BNE I-597), fol. IIv: “Tradunt egyptii ab orbis initio primos homines apud se creatos cum bonitate foelicitateque soli: tum propter Nilum quae et multa generat: & suapte natura, quae genuit, facillime nutrit. Nam et arundinum radices praebet et lotum: et egyptiam fabam: et que dicunt corseum multa praeterea ad victum hominum exposita. Prima animantia apud se orta ea utuntur coniectura, quare nunc etiam in thebaidis agro certis turpibus multi ac magni generentur

Es cierto que cabe pensar en otras fuentes. Hay cerca de una decena de textos de la antigüedad y otros tantos de fines del siglo XV y de comienzos del XVI que recogen lo dicho por Diodoro Sículo u ofrecen versiones concordantes con la aducida.²⁹ Pero ahora pienso, sobre todo, en un libro de difusión universal entre los humanistas a partir de 1500, el *De inventoribus rerum* de Virgilio Polidoro. Es verdad que las primeras versiones eran más breves y que su autor lo fue incrementando. Pero ya en 1507 la edición latina veneciana recoge los tres primeros libros, donde se encuentra el pasaje que interesa.³⁰ Como no varía esencialmente, citaré por la versión castellana de Francisco de Tamara. Situar el origen de todas las cosas en el agua era idea griega antigua, atribuida ya a Tales de Mileto, y que los egipcios fueron engendrados antes que ningún otro pueblo salta como idea tópica en las páginas del primer capítulo.³¹ Pero es en el tercero de ese primer libro, que aborda el principio y creación de los hombres, junto con la diversidad de las lenguas y la primera división de las gentes, donde se abunda en la cuestión. Tras repasar las dos tesis fundamentales sobre el

mures. Qua ex re plurimum stupent homines, cum videant quorundam anteriorem usque ad pectus et priores pedes murium partem animantam mouerint, posteriori nodum inchoata sed informi. Ex hoc perspicuum fieri aiunt ab ipso orbis ortu primos homines egyptum pertulisse, in nulla enim orbis parte accidit eo mox animalia creari. Nam siue diluuium deucalionis turpe plura animantia absumpsit: egyptum aiunt ut puta ad meridiem positam cum in ea pluviae rarae sint experte eius calamitatis fuisse, siue ut quadam sentiunt singula interierunt aequum si terra rursus animalia genuit, apud egyptum principium generis omnium animantium extitisse. Temperiem quippe aeris aequum est praebuisse generationis principium et causam generandi. Et enim et nunc quoque post Nili undatione conspicitur diversorum animantium faetus: Abscedente enim aqua limoque terrae a sole arefacto, ferunt quadam animalia perfecta semiperfecta alia uideri in terrae gleba. Igitur primi illi homines olim in egypto geniti, hunc mundi ornatum conspicientes admirantesque uniuersorum naturam”.

29. No voy a añadir ahora más textos. Baste con saber que la historia de los ratones emergentes del Nilo la traen también Plinio (*Historia natural*, IX, lxxxiv), Eliano (*Historia animalium*, II, 56, trad. J. M. Díaz Regañón, Madrid, Gredos, 1984, p. 145) y el mismo Aristóteles, que en varios lugares toca asuntos muy parecidos: en *De animalibus* alude a peces que nacen del limo y de la arena en Cnido (VI, 569a), al tratar de las anguilas se refiere a las “entrañas de la tierra”, animalillos que se forman por generación espontánea en el fango de la tierra húmeda (VI, 570a), y en la *Generación de los animales* asegura que las regiones donde las mujeres son más prolíficas, como por ejemplo Egipto, son más dadas a monstruosidades (IV, iv, 770 a).

30. *Polydoro Vergilii de inventoribus rerum libri tres*, Venecia, per Ioannem de Cereto de Tridino alias Tacuinum, 1507. Se conserva un ejemplar en la Biblioteca Pública Episcopal del Seminario Conciliar de Barcelona, que conozco a través de la versión *on-line* del Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español (número de control: CCPB000610493-2). Aquí citaré por la versión española de Francisco de Tamara, *Libro de Polidoro Virgilio que trata de la invención y principio de todas las cosas...*, Amberes, Martín Nucio, 1550, BNE R-8720.

31. “Y así Tales Milesio, que fue el primero (como lo testifica Marco Tullio en el libro primero *De la naturaleza de los dioses*) que inquirió y disputó de las cosas, dixo que era el agua de donde todas las cosas procedían, y que Dios era un espíritu y entendimiento que avía formando todas las cosas del agua” (fol. 2r). “Los Egipcios afirmavan en sus fábulas que los Dioses estuvieron primeramente entre ellos, como entre gente que (como abaxo mostraremos, y parece por testimonio de Diodoro Sículo en el libro I de sus *Historias*) fue engendrada primero que otra ninguna...” (fol. 3r).

asunto (un mundo eterno e incorruptible en el que los hombres existieron siempre frente a un mundo finito con comienzo y fin), las expone con cierto detenimiento. Recojo ahora la que interesa:

Otros tuvieron por opinión que el mundo era engendrado y corruptible, y que los hombres avían tenido principio en su nacimiento con el tiempo. Movidos con esta razón, los Egypcianos afirmavan que entre ellos nacieron los primeros hombres, y traían para prueba desto, lo uno la abundancia de la tierra en que viven y el ayre templado de que gozan, y demás desto el río Nilo, el qual con su fértil lodo engendra y de su naturaleza cría los mantenimientos. Por lo qual afirma el mismo Diodoro que en el campo de la ciudad de Thebayda se engendran muchos ratones, de lo qual se maravillavan mucho los hombres, viendo la primera parte de algunos dellos estar hasta el pecho con ánima y moverse en el lodo, y la parte trasera no estar començada, ni tener forma (fols. 6v-7r).

Es verdad que, en su afán enciclopédico, Virgilio Polidoro emborrona a continuación la claridad expositiva del primer párrafo, y da entrada a otras opiniones, según las cuales los frigios, o los escitas, o los etíopes reclamaban la prelación temporal. Lo que no varía es el dato que sitúa el origen de la vida humana en el agua y en el calor:

...por esso afirma Anaximandro Milesio que los hombres avían procedido del agua y del calor de la tierra. Empédocles casi afirma esto mismo, diziendo que todos los miembros del hombre son nacidos de la tierra particularmente, y cada uno por sí, estando como preñada, y que después se avían ayuntado y unido juntos y hecho la materia firme del hombre mezclada y igualmente de calor y humedad. Demócrito Abderita quiso que los primeros hombres avían sido criados de agua y cieno... (fol. 7v).³²

Llegados aquí, creo que siguen planteados dos problemas. Uno tiene que ver con el origen del hombre de que se habla en los textos renacentistas y el tratamiento que le da fray Antonio, y el otro sigue postulando una solución para la segunda teoría expuesta por Guevara, la que él atribuye a los griegos.

Por lo que hace a la primera cuestión, creo que cualquiera de los textos que he citado (pero sobre todo Diodoro Sículo y Virgilio Polidoro) explica bien el origen de los hombres de que hablan Guevara, Villalón y, más tarde, Suárez de Figueroa. La tradición clásica está, pues, una vez más, tras la prosa de Guevara. Pero no se puede olvidar que fray Antonio –frente a todos los demás autores– atribuye este origen a las mujeres, y no a los varones. ¿Hay algo más detrás de la cita del franciscano,

32. Nótese, con todo, que Virgilio Polidoro cierra esta exposición sobre el origen del hombre dejando estas teorías y acogiendo a la versión de la Biblia, que es la verdadera: “Y porque nadie piense que nosotros, contando semejantes vanidades las confirmamos y aprovamos, vengamos a declarar lo que se contiene sobre esta materia en la Sagrada Escritura, que es lo verdadero y lo que devemos tener y creer” (fol. 7v), pasaje que da entrada, una vez más y en pleno renacimiento, al relato genesíaco.

o se trata simplemente de una chuscada más a las que nos tiene acostumbrados? Desde luego, el nuevo mundo del Renacimiento le ofrecía tal cantidad de textos, históricos y literarios, que resulta difícil saber si detrás del origen de las mujeres propuesto por Guevara hay algo más que la tradición citada. Quizá se le cruzó algún recuerdo de lecturas anteriores, y su imaginación hizo el resto. Estoy pensando, por ejemplo, en lo que relata Pedro Mártir de Anglería en sus décadas *De orbe novo*:

De los hombres aquellos que dijimos habían sido dejados sin mujeres en las cuevas, cuentan que salieron de noche para lavarse en las balsas de agua llovediza, y que una noche vieron desde lejos que trepaban por los árboles mirolabanos, como escuadrones de hormigas, ciertos animales semejantes a las mujeres: acudieron corriendo hacia aquellos animales femeninos, cogieron algunos y se les fueron de la mano como anguilas.

Entonces adoptaron esta resolución. Por consejo de un anciano buscaron los sarnosos y leprosos que hubiese entre ellos y tuvieran las manos ásperas y callosas para que más fácilmente pudieran retener lo que cogieran. A estos hombres ellos les llamaban *cazacaracoles*. Salieron a cazar y de muchas que cogían retuvieron sólo a cuatro: ellos procuraron usar de ellas como mujeres, pero averiguaron que no tenían naturaleza femenina.³³

Aunque más tarde cuenta Mártir de Anglería cómo el ave pico les abrió el sexo a las mujeres y así procrearon, lo fantástico del relato –pese a algunas semejanzas– induce a pensar que el franciscano habría rechazado esta historia como *fábula* o relato mitológico.

Creo que, si se tiene en cuenta cómo trataba Guevara sus fuentes, la cuestión está resuelta (o casi). Hace años intenté demostrar que, en el origen, siempre suele haber un texto (ya sea clásico, medieval o contemporáneo suyo) del que arranca fray Antonio. Se trata, generalmente, de libros de tipo histórico de donde el minorita extrae la anécdota. Lo que sucede es que, después, él agrega lo que le interesa para impartir lección de moralidad, ya sea un discurso o una carta no recogida por el autor original.³⁴ Esa práctica, autorizada por la retórica desde antiguo, es la que le ha granjeado la fama de inventor. Algo parecido debió ocurrir en la carta XIII del *Libro áureo*: fray Antonio conoce bien –estaba por todos los sitios, como se ha visto– la teoría del origen egipcio del hombre, y lo que hace es torcerla, aplicando ese origen a la mujer, para a partir de ahí impartir doctrina moral a esas mujeres, en esta ocasión a través de la sátira.

Si se acepta lo expuesto hasta ahora, hay que recordar que, junto a la teoría de los egipcios, la más difundida sin duda alguna, el filósofo emperador Marco Aurelio

33. Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, trad. J. Torres Asensio, Buenos Aires, Bajel, 1944, Dec. I, libro IX, cap. V, p. 97.

34. Véase mi introducción a fray Antonio de Guevara, *Relox de príncipes*, ed. E. Blanco, Madrid, ABL-CONFRES, 1994, pp. XLIII y ss.

recordaba en su carta otra tesis distinta: la que él atribuye a los griegos, y según la cual en los desiertos árabes el sol muestra más la fuerza de su calor, y que allí aparecieron dos ejemplares únicos, una mujer y un Ave Fénix. Si está última se crió del agua, conforme a las teorías expuestas más arriba, la muger surgió del gran calor del sol y de la carcoma de los árboles, de la siguiente manera: “estando un árbol muy carcomido, sobrevino un globo de fuego que le encendió, y así del fuego y de los polvos de aquella carcoma quemada fue la primera muger hecha” (*Libro áureo*, p. 299).

Cabe pensar de nuevo en algún filósofo antiguo que haya postulado algo parecido. De hecho, Virgilio Polidoro traía a colación, junto a los pensadores que situaron el origen de la vida en el agua, a aquellos que lo ubicaban en el fuego, como Zenón:

Zenón Cítico dio principio al hombre del nuevo mundo, afirmando que los primeros hombres avían sido engendrados sólo de el fuego divino, que es de la providencia divina (fol. 7v).

No es descabellado, dada la difusión del *De inventoribus rerum*, pensar en ese texto, donde se mencionan los dos orígenes propuestos por Guevara, pero creo que de nuevo hay que ponerse en el camino de los historiadores, que tan bien conoció fray Antonio por mor de su cargo de cronista real. Pienso, por ejemplo, en los *Fragments* de Catón acerca de los orígenes, en donde se recuerda que, aunque hay varias teorías, que básicamente se centran en dirimir si el mundo es eterno o no, algunos convienen en que alrededor de unos doscientos cincuenta años antes de Nino, hubo una inundación, y en Escitia renació el género de los hombres. Caben otras posibilidades, si se cree en la eternidad del mundo: que todas las cosas hayan tenido principio en el fuego, y que insensiblemente los elementos al unirse en su lugar hayan dado origen a los hombres, o como se dice, que antes de la edad de oro, una inundación cubrió las tierras arruinadas, y que en el suelo que se iba secando aparecieron los hombres.³⁵ Aquí aparecen claramente unidas las dos opciones que planteaba fray Antonio en la carta XIII, y la única objeción que se podría hacer tendría que ver con la fecha de publicación del texto que cito, veinte años posterior al *Libro áureo*. A esa objeción caben dos respuestas: una, que Guevara conocía bien a Beroso y a Annio de Viterbo, pues los cita en varias ocasiones en el *Relox de príncipes* como autoridades; y dos, que los fragmentos de Catón sólo nos han llegado a través de autores intermedios que los incluyeron en sus obras, y que precisamente los autores que

35. “Inter vtrosque conuenit ante Ninum circiter annis quinquaginta & ducentis, quibus durauit aureum saeculum, terras fuisse inundatas, & in Scythia Saga reatum mortale genus. Siue enim ab aeterno mundum existimes, & ignis principio cuncta tenuerit, & sensim in sua loca elementa coeuntia homines produxerint, siue (vt fertur) ante aureum saeculum terras subrutas inundatio possederit, & exsiccata humo apparuerint homines, equidem principatus originis semper Scythis tribuitur, a quibus auctis colonias per orbem missas ferunt” (*M. Catonis Fragmenta de originibus, cum comentariis Annii*, en *Berosi Sacerdotis Chaldaici, Antiquitatum libri quinque, cum comentariis Annii Viterbensis...*, Antverpiae, in aedibus Ioanni Steelsii, MDXLV, fols. 158-190, BNE R-27.451; la cita, en fol. 160 r-v).

han servido de puente son los que más atrajeron la curiosidad del franciscano, o al menos los que más cita: Cicerón, Dionisio de Halicarnaso, Aulo Gelio, Tito Livio, Macrobio, Plinio, Plutarco, Varrón, Veleyo Patérculo...³⁶

Es precisamente el comentario de Annio el que aclara morosamente los dos posibles orígenes, centrandos en torno a Aristóteles quienes creen en la eternidad del mundo, y alrededor de Platón y de la fe cristiana los que se decantan por una creación puntual en el tiempo (fol. 160v). Vale decir, pues, que como querían los humanistas, la verdad revelada y la histórica también concuerdan, de alguna manera, en este caso. Comoquiera que sea, el de Viterbo le niega validez a las teorías griegas de la generación espontánea (Diodoro Sículo, sobre todo), que se oponen a la verdadera filosofía, y por ello abandona pronto esa vía y deja de preguntarse cómo nació el género humano para dirimir dónde surgieron los hombres por primera vez.

Creo que lo expuesto vale para comprobar, una vez más, el peculiar *modus operandi* del franciscano con sus fuentes: arranca siempre de algún detalle incluido en textos de historia relativos a los antiguos, para, a partir de allí, construir su relato. La historia de los antiguos se convierte, tras el paso por su tamiz, en prosa didáctica.

36. Véase la introducción de Martine Chassignet a Catón, *Les origines (Fragments)*, París, Les Belles Lettres, 1986, pp. L y ss. Obsérvese también que Chassignet no tiene en cuenta la edición que cito, de 1545, y que la primera que menciona es la de 1620 (p. XLIX).